

## CONFERENCIA

### **"EL JOVEN MANOS DE TIJERAS", DE TIM BURTON RETRATO DE UN ARTISTA ADOLESCENTE\***

**Alberto Fuguet\*\***

Uno de los estrenos cinematográficos más notables del año pasado, sostiene el autor, fue *El joven manos de tijeras*, realización de Tim Burton, considerado el niño-genio de Hollywood. A pesar de que el filme no tuvo gran éxito de público, el personaje de Edward, un adolescente fabricado por un científico loco, que en vez de manos posee tijeras, las cuales utiliza para crear las más curiosas esculturas, logró calar hondo en la siquis colectiva de los jóvenes, quienes vieron en este curioso y emotivo personaje un símbolo de los tiempos que corren. Especialmente atractivo, plantea aquí Alberto Fuguet, es entender a Edward como una metáfora del artista adolescente contemporáneo.

\* Versión escrita del comentario a la película de Tim Burton, *El joven manos de tijeras*, presentado el 7 de octubre de 1991 en el marco del ciclo "Imágenes de Nuestro Tiempo" organizado por el Centro de Estudios Públicos.

\*\* Periodista y escritor. Es autor de *Sobredosis*, una colección de cuentos, y de la novela *Mala onda* (Buenos Aires: Editorial Planeta, 1991). Escribe regularmente en *El Mercurio* y revista *Mundo Dinero*.

*That's me in the corner,  
that's me in the spotlight...*

*Michael Stipe*

*R.E.M.*

### Un chico "posmo"

Extraño personaje este joven Edward, un chico con tijeras en vez de manos. Curiosa mezcla, bizarra combinación: suerte de Pinocho con el vagabundo de Charlie Chaplin; versión purificada del asesino Freddy Kruger, el de las pesadillas de la calle Elm; *rockero heavy metal*, símbolo sexual para adolescentes, *poster boy* enchapado en cuero y metal.

Edward, que tiene el pelo todo chascón y enredado, es el héroe posmoderno por esencia, hito de estos nuevos noventa que están partiendo. Cercano al mundo de Walt Disney pero también al de Stephen King, perdido entre la alta y la baja cultura, producto del más sentido cine de autor, pero también del *merchandising* y de los videos de la MTV, este bello y sublime personaje creado por Tim Burton se alzó el año pasado no sólo como un mito hollywoodense sino que se posicionó en millones de mentes jóvenes como una figura trágica, pura y absolutamente imitable. Edward, el del pelo chascón y las manos de tijeras, pasó a ser un mártir, un símbolo, un icono; se convirtió en el chico bueno que admiran —y acaso quieren ser— todos esos chicos malos que pululan las calles de este fin de siglo.

### Welcome to the jungle

En un barrio de una ciudad sin nombre existe un típico suburbio de esos que fueron contruidos en Estados Unidos durante los años cincuenta, cuando la guerra ya había finalizado y *everbody liked Ike*. El *ahora* es contemporáneo, pero la estética es *retro*. Los sesenta se fusionan con los noventa. Los setenta con los ochenta. Y todo el mundo es más o menos feliz.

Este es el entorno de *El joven manos de tijeras*, un pueblito cualquiera, un *Our Town* en brillante technicolor. Pero por sobre las construcciones idénticas se alza un monte, rodeado de nubes, oscuro y tenebroso, que posee en su cima un inmenso castillo gótico que parece abandonado.

Dentro de esta inmensa y lúgubre construcción vive en el más completo de los aislamientos un joven que posee tijeras en vez de manos. Su nombre es Edward y dedica su vida a mirar por la ventana el suburbio que

está a los pies del monte. También recorta artículos sensacionalistas sobre *freaks*, es decir, sobre fenómenos, sobre tipos extraños que tienen dos cabezas o tres piernas. Edward fue creado por un científico loco. Era su máxima creación: un joven inteligente que parecía de carne y hueso, capaz de expresarse, con corazón y sentimientos. El único problema fue que el científico no alcanzó a completarlo. El día que le iba a colocar sus manos, murió de un ataque. Edward se quedó así con tijeras en lugar de dedos.

Hasta ese castillo llega un buen día una vendedora de cosméticos que, frustrada al no poder vender ni un producto en su vecindario, decide aventurarse monte arriba. Ahí ella encuentra a Edward, que se aterra ante su presencia. La mujer, con sus instintos maternos a flor de piel, inmediatamente se percata de la soledad en la que vive Edward. Se da cuenta, además, no sólo de su orfandad sino de su incapacidad para interrelacionarse. Así que, una vez que conquista su confianza, resuelve llevárselo consigo. Decide adoptarlo y bajarlo al suburbio. Decide sacarlo de su pesadilla existencial e integrarlo a lo que -ella cree- es el paraíso.

Aquí empieza la odisea de Edward. Desde comenzar a adaptarse a un hogar clase media (donde Kim, la hija adolescente, obviamente lo rehuye) hasta convertirse en la novedad del año, una vez que el barrio se percata del talento de Edward y de cómo logra transformar en arte todo aquello que toca con sus tijeras.

### Cultura pop

Como buena obra posmoderna, *El joven manos de tijeras* abunda en citas. Citas cinematográficas, por sobre todo, pero también literarias, pictóricas y todo aquello que se denomina "cultura popular" (*comics*, series de TV, comerciales, música, moda, etc.). Pero a diferencia de la mayoría de las cintas que entren en esta arbitraria categoría, aquí no hay juego ni distancia ni guiños intelectuales. Aquí hay sentimientos, corazón. Lo que Tim Burton logró en este filme/fábula fue explorar, en forma absolutamente emotiva, todos los clichés que están intrínsecamente ligados a la cultura pop. Aquí el *Kitsch* no subraya nada ni está al servicio de una ideología mal entendida. Aquí el *Kitsch* es homenaje, es nostalgia, es diversión.

Burton establece, fusiona y opone dos concepciones artísticas y morales a lo largo de toda la obra. Por una parte está lo *dark*, lo trágico, lo que provoca el drama. El castillo del viejo científico aglutina esta tendencia que sin duda está inspirada en Frankenstein (tanto la película de James Whale como la novela de Mary Shelley). Así, por ejemplo, a lo largo de las

dos horas que dura el filme vemos pasar lo mejor del cine gótico hollywoodense y del impresionismo alemán de los años treinta. Es evidente que Burton vio *La noche del cazador*, de Charles Laughton, y que la participación de Vincent Price como el viejo científico no sólo es un homenaje sino una ligazón indesmentible con todo el cine de horror de clase "B" de los cincuenta.

Por otro lado está la cascara luminosa, llena de color, la estética de los tonos pastel, la moral de las comedias de la tele, una estética tipo *Daniel, el travieso* o *La hechizada*, los árboles y arbustos cortados a semejanza del palacio de las muñecas (*It's a small world*) de Disneylandia.

Lo fascinante de la cinta, lo que la convierte en un real placer cinefilo y lo que permite someterla a más de una visión, es comprobar cómo logra ser depositaria de tanta influencia, sin por eso dejar de ser original, única.

### Perdido en Burbank

A Tim Burton no le quedó otra alternativa que convertirse en cineasta. Fue su destino. Nació en Burbank, un suburbio muy clase media del valle de San Fernando, en Los Angeles, California. Burbank no sólo está cerca de Hollywood —al otro lado de los cerros— sino que vive de la industria cinematográfica. Tanto Walt Disney como Warner Brothers tienen su sede y sus estudios en Burbank. Lo mismo que la NBC, la red de televisión. Muy cerca, además, se encuentran los enormes estudios que posee la Universal.

"Es curioso", señaló una vez Tim Burton, "pero cuando uno es joven uno piensa que todo es muy extraño porque justamente uno es joven. Lo tremendo es que después uno crece y se da cuenta que el mundo sigue siendo extraño."

Burton siempre fue el extraño, el tímido, el que se guardaba para sí. Ingresó al mundo del cine como animador de los estudios Disney. Ahí trabajó en varios largometrajes. Paralelamente, y en forma independiente, comenzó a realizar sus propios cortos y dibujos animados. *Frankenweenie*, la historia de un niño que desea convertirse en Vincent Price, obtuvo diversos premios en festivales especializados.

Su primer largometraje fue *Pee Wee's Big Adventure*, el debut cinematográfico de Pee Wee Herman, suerte de *nerd* y niño taimado, con característica claramente de adulto. *Pee Wee's Big Adventure* es la historia de la pérdida de una bicicleta (homenaje al clásico de Vittorio de Sica) y la correspondiente aventura moral que implica salir de la casa de juguetes e

ir en su búsqueda. La cinta, llena de imaginación y color, terminaba, no casualmente en Burbank, con una impresionante secuencia de persecución por los estudios de la Warner.

Después llegó *Beetlejuice*, una históricamente cómica historia de fantasmas y muertos ineptos y, posteriormente, *Batman*, uno de los filmes que más dinero ha recaudado en la historia. Estas dos cintas, lo mismo que la de Pee Wee, tienen como elemento común ser protagonizadas por un *outsider*, por *unfreak*, por un ser extraño que no es asimilado así como así. En *Batman*, incluso, todo el filme gira en torno a la batalla de dos seres —el hombre murciélago y el Guasón— que, por motivos radicalmente opuestos, están al margen de la sociedad.

El impresionante éxito de *Batman*, un filme que más allá de sus elementos taquilleros y comerciales seguía siendo muy personal y arbitrario, le permitió a Burton asegurarse el financiamiento y el apoyo necesarios para llevar a cabo *El joven manos de tijeras*, un proyecto largamente acariciado por este exitoso cineasta que aún no cumple los treinta y dos años.

### Perder la inocencia

A pesar de su estética *Kitsch* y posmoderna, *El joven manos de tijeras* se inscribe claramente dentro de una cadena literaria norteamericana que, como todo arte de ese país, ha sido adaptado y asimilado por otras expresiones artísticas, como el cine, el teatro, la música popular y, de alguna manera, la televisión.

La estructura de *El joven manos de tijeras* tiene mucho que ver con la llamada *novela de aprendizaje* o *bildungsroman*, género obviamente europeo que, luego de alcanzar grandes momentos gracias a autores como James Joyce (*Retrato de un artista adolescente*), Dylan Thomas (*Retrato de un artista cachorro*) y Hermann Hesse (*Demian*), entre otros, fue recuperado con garra e inspiración por un sinnúmero de narradores norteamericanos.

Siendo un filme esencialmente hollywoodense, la mirada que Burton ejerce sobre Edward, por ejemplo, tiene mucho de la apología dickensiana del huérfano (*Oliver Twist*, desde luego) y quizás la mayor fuerza emocional que se descarga sobre el espectador está ligada al mecanismo de identificación que proyecta el desvalido que no tiene raíces, el perdedor que debería ganar.

Si se tuviera que ligar a Edward con adolescentes literarios que, vía las aventuras que les depara el autor, terminan perdiendo irremediable-

mente la inocencia, no podría dejar de mencionarse a dos primos en esto de enfrentarse a la vida sin estar del todo preparados. Desde luego, está Huckleberry Finn, de Mark Twain, un tipo que se hace el muerto, que opta por la libertad y la adolescencia sin fin, que se la juega por los negros, entonces el sector más oprimido y mirado en menos de la sociedad. Edward también tiene mucho de Holden Caulfield, el chico perdido de *El cazador oculto*, de J. D. Salinger, que decide huir como única manera de escapar, que se lanza en una frenética búsqueda de la verdad para tratar de salvarse, que termina enfrentando la locura y la soledad al no encontrar otras respuestas.

Ambos personajes, como muchos otros, son, tal como Edward, testigos impiedosos de sus tiempos. Esto es lo que los salva y los condena. Poseen una lucidez demasiado grande que les permite no sólo ver sino sentir toda las hipocresías y fallas de la sociedad. En este sentido, Edward, más allá de su magia y su cuota de ficción, es un ser absolutamente contemporáneo, lleno de dudas, que no sabe lo que es pero quiere saberlo, que siente necesidad de reconstruirse, de armarse a sí mismo para de este modo completarse (se siente incompleto y, de alguna manera, lo es) y encontrar la salvación.

### Las tijeras

Si bien Edward es un adolescente extraño, sus dolores, ansias y sentido de alienación son típicamente juveniles y, por cierto, típicamente de personaje de *novela de aprendizaje*. Lo que diferencia a Edward, eso sí, de otros personajes semejantes es que este chico no sólo es un adolescente sino un artista en potencia. Esa es su verdadera cruz, ese es el verdadero eje del filme.

Edward es artista debido a sus manos de tijeras. Esta es la metáfora del filme, lo que articula toda la narración, lo que inspira toda la fábula. Todo lo que Edward toca, lo daña. Esta es la primera lección vital que debe aprender un artista: sin dolor no hay belleza. Si toca objetos, los vuelve arte, belleza. Eso está bien, le gusta. Perros, pedazos de papel, árboles, peinados, etc. Altera el orden, lo hace más grato, pero no molesta. Eso cree, al menos. Respecto a los humanos, las tijeras actúan en su contra. Si los toca, los daña. Los corta.

La conexión, entonces, su conexión vital, conexión necesaria y compulsiva, la logra vía el arte, la comunicación. Pero esto es riesgoso y letal, ya que lo que Edward hace es apostar por el arte. Es su única vía. Pero

él no sólo produce arte, es un artista. Ese es su destino. Se la juega el todo por el todo. Eso es lo tremendo, ya que, al final del filme, cuando la sociedad rechaza su arte, lo que van a perseguir no es la obra en sí sino a quien la produce. Es decir: el responsable, no la obra.

La maldición de Edward —y de tantos— es que no puede conectarse con nada. No puede tocar. Las tijeras, por lo tanto, son un símbolo. Son la representación exterior de un conflicto interior. De un conflicto que lo divide y lo daña, puesto que este don —el de las tijeras— le permite alterar todo lo que toca. Esto lo hace querido, admirado, lo coloca en una vitrina. Pero, al poco tiempo, al calar hondo en el inconsciente colectivo social, aquellos que lo siguen, que han sido conmovidos por su arte, desean apropiarse de él. Lo acosan, lo ponen a prueba. Cuando Edward se da cuenta que tiene que tomar decisiones (seguir siendo él, no claudicar, seguir con su verdad, no caer en la trampa del traicionero sistema), su público se vuelve en su contra. No lo perdona.

El don, por lo tanto, se transforma en maldición. Lo aísla. Lo aleja de su amada Kim (si la toca la rebana). Pero no sólo eso: ese don —además— lo autoflagela, pues son esas mismísimas manos esculturas las que lo dañan física (se raja la cara) y moralmente (es expulsado, tiene que huir).

Edward, al final, vuelve al aislamiento y la soledad de su castillo; acaso el paraíso del que nunca debió haber salido. Y es en ese estado, habiendo perdido todo lo que él daba por consolidado, que perfecciona su arte. Un arte que, por desgracia, nadie comparte.

O quizás sí. Porque ahora nieva en suburbia. Y Kim, la chica que, luego de ignorarlo, se enamoró de él, se emociona al ver la nieve caer. Quizás valió la pena. Quizás el arte es una opción legítima.

### **Alterar el orden establecido**

El rol que cumple Edward en el filme es el de alterar el orden establecido. El es el que gatilla una reacción que sólo devuelve a la sociedad a un estado acaso más primitivo del que era antes que Edward bajara de su castillo.

Debido a su compleja personalidad, a eso que logra tocar y alterar a tanta gente, Edward es visualizado y percibido de distintas maneras, dependiendo del contexto.

Para algunos Edward es un monstruo, un ser distinto. En un principio asusta, luego conmueve. Pero sigue siendo un tipo raro. Su mons-

truosidad no radica en su aspecto físico sino en su origen, en su don. A diferencia de la mayoría de los monstruos, Edward no mueve a la pena sino a la identificación. Satisface esa actitud típicamente adolescente de sentirse perdedor-pero-ganador.

Otra función que cumple Edward es la de actuar como espejo: cada uno ve en él lo que desea o le conviene. Pero esto de verse reflejado puede traer problemas, ya que no a todos les gusta darse cuenta de sus propias carencias. Por eso, al no tenerlo, al no poder poseerlo y doblegarlo, la sociedad se vuelve en su contra.

En este sentido y, más allá de que en un principio era percibido como un monstruo, Edward se vuelve un objeto del deseo, despertando emociones que van desde lo meramente erótico hasta ansias de dependencia y venganza. Lo que pasa es que Edward es inalcanzable. Y misterioso. Dos características básicas para volverse atractivo de una manera casi compulsiva. Más allá de lo sexual, Edward también se vuelve cotizado como trofeo, como objeto de lucimiento personal, como mascota taquillera.

Pero lo que no se puede poseer, pronto se vuelve despreciable. Eso es justamente lo que ocurre con Edward. Primero lo aceptan, lo sobrevaloran y lo exponen a cuanto estímulo emocional existe. Después, sin embargo, lo botan con el mismo frenesí con el que en un principio lo aceptaron.

La razón es simple. Edward es un subversivo. Altera el orden establecido. Acaso es un rockero, un *enfant terrible*. Perfectamente podría ser Michael Stipe del grupo R.E.M. o Mike Patton de *Faith No More*. Edward, manos de tijeras, perfectamente podría ser Jim Morrison.

Pero, tal como decenas de rockeros y artistas, Edward, al final, termina transformándose en un paria. No todos lo entienden, pocos desean darse el trabajo. Así que lo acusan, lo humillan, lo rechazan. Y Edward, como tantos otros, se refugia, se aísla, huye. Se convierte, de alguna manera, en mártir. En mártir por decir la verdad.

### Cortarse solo

A fin de cuentas, *El joven manos de tijeras* puede tratarse de muchas cosas pero, en definitiva, es quizás una de las más lúcidas indagaciones en lo que se podría llamar la formación del artista adolescente, del artista cachorro.

Lo que *El joven manos de tijeras* plantea, de una manera para nada inocente, es la posibilidad de refugiarse en el arte. Al parecer, únicamente

en la soledad, en el aislamiento, puede el artista lograr su mejor obra. Lo tremendo es que es esa misma opción la que no le permite compartir su trabajo con nadie. Nadie lo entiende. Su trabajo, por lo tanto, se vuelve inútil, puesto que la única belleza que vale es aquella que se comparte.

En este sentido la figura de Edward se transforma en una de las más potentes metáforas que se han visto en mucho tiempo sobre esa soledad que abarca todas las soledades: la soledad del artista diferente, la soledad del fantasma, la soledad del que no crece ni envejece. Tal como lo escribió el joven autor argentino Rodrigo Fresan, la soledad de Edward es "la de alguien que tiene tijeras en vez de manos porque no fue terminado y que, gracias a esto, es más completo que el resto de todos nosotros". □